

LA TRATADÍSTICA MILITAR HISPANA EN LA ÉPOCA DE CARLOS V (1500-1560)

Antonio ESPINO LÓPEZ
Universidad Autónoma de Barcelona

HACE algunos años, el conocido y reputado historiador británico John R. Hale comparó la producción de la tratadística militar en las prensas venecianas con las de otros estados europeos entre los años 1492 y 1570¹. Los sesenta y siete títulos de Venecia entre los años señalados impresionan, pero en la Monarquía Hispánica no se editaron sólo tres títulos -o diez en Francia- como apunta el citado autor: hemos encontrado treinta y un títulos para el caso hispano. Nuestra intención va a ser dar una visión lo más completa posible de las obras relacionadas con la guerra y el aprendizaje de la misma que circularon en la Monarquía Hispánica en la época del emperador Carlos V, incluyendo toda la década de 1550, sin olvidar que muchas de las iniciativas editoriales de los primeros años del reinado de Felipe II hunden sus raíces en el pasado más inmediato.

La arquitectura militar y la artillería

La dualidad infantería-caballería pasó a la historia en el momento en el que unos soldados especializados en nuevas técnicas, que requerían algunos conocimientos científicos, llegaron al ejército. La artillería, la ingeniería y la arquitectura militar necesitaban de la labor de profesionales cuya emergencia no sólo se debió a su experiencia práctica, sino también a sus conocimientos teóricos de matemáticas, geometría y una nueva ciencia: la balística. Ahora, además de las aptitudes personales para el combate, se pasaría

¹ HALE, J.R.: "Printing and Military Culture of Renaissance Venice", en *Renaissance War Studies*, Londres, 1983.

a valorar también la competencia técnica y la erudición matemática. Aunque algunos autores pretendieran que los ejércitos de la Antigüedad habían gozado de la pólvora y la artillería para dotar a éstas del consiguiente prestigio, lo cierto es que las matemáticas aplicadas a la artillería y a la ingeniería se percibieron como una ciencia flamante, sólo apta para un soldado moderno que, además, no era noble ni necesitaba de la formación de la nobleza para desarrollar su trabajo. De hecho, incluso los sabios del pasado habían sido superados.

El tratadista artillero más influyente en la España del Quinientos fue, probablemente, el matemático Nicolo Tartaglia (1499-1557) con sus obras *Nova Scientia* (Venecia, 1537), el primer tratado de balística, y *Quesiti e inventioni diverse* (Venecia, 1546), donde proponía, en el sexto libro, la defensa de las fortificaciones en base al fuego artillero disparado desde unas murallas de nueva planta. El trazado sería de tipo estrellado mediante ángulos entrantes y salientes bastionados. En ambas obras, N. Tartaglia utiliza el diálogo entre el científico sin experiencia práctica -el matemático- y el soldado práctico sin conocimientos técnicos -el artillero-. Es una relación dialéctica entre el saber abstracto que anhela una demostración empírica y el ansia por comprender el por qué del artillero. Las matemáticas actuaron como el factor que unificó el estudio o acción pasiva, con la praxis o acción activa. Las matemáticas hicieron de la técnica artillera -o de la arquitectura militar- una ciencia². N. Tartaglia fue traducido al castellano por Xandoval de Espinosa en 1564, pero la obra no se llegó a imprimir³.

Normalmente se consideraba a N. Tartaglia como el primer tratadista de la artillería, pero J. Arantegui descubrió en el Archivo General de Simancas un "memorial", probablemente de 1534 -aunque se considera que es de 1544 y su autor L. Pizaño⁴-, destinado a enseñar -y examinar en definitiva- a los futuros artilleros, que debían conocer la nomenclatura de las piezas, las cargas y alcances de éstas, la fabricación de las municiones y cómo levantar una batería. En dicha instrucción se demuestran conocimientos elaborados, fruto de la práctica, como la variación de alcances según el ángulo de tiro, la diferente calidad de la pólvora y su influencia en el alcance de las piezas, etc.⁵

² VERRIER, F.: *Les armes de Minerve, L'Humanisme militaire dans l'Italie du XVIe. Siècle*, París, 1997, pp. 73-74.

³ Biblioteca Nacional (BN): *Diálogo de artillería*, ms. 1564.

⁴ LÓPEZ PIÑERO, J.M.: *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona, 1979, p. 253.

⁵ VIGÓN, J.: *Historia de la artillería española*, 3 tomos, CSIC, Madrid, 1947, tomo I, pp. 262-263.

Por estos años trabajó en Italia el comendador Pedro Luis Escrivá, de origen valenciano, caballero de la orden de San Juan, prefecto de las tropas imperiales y maestro de campo general. Proyectó y construyó defensas en el reino de Nápoles -en las ciudades de Aquila, Nola y Capua y levantó el castillo de San Telmo en Nápoles-, y escribió algunas obras didácticas, como *Apología en excusación y favor de las fábricas del Reino de Nápoles*, un manuscrito de hacia 1538, en el que se defendía, en forma de diálogo, de las opiniones que veían sus trazados como demasiados novedosos, mostrándose Escrivá más inclinado a lo que le dictaba su razón y las circunstancias del momento y no tanto por los modelos clásicos que, quizás, no podían aplicarse allí y entonces. Ante todo, Escrivá destaca por oponerse al uso del baluarte en las fortificaciones, novedad que el arquitecto San Micheli aplicó por primera vez en Verona (1528). También fue autor de otra obra titulada *Edificio militar*⁶.

El manuscrito de Escrivá estaba dedicado a don Pedro de Toledo, marqués de Vilafranca, virrey de Nápoles. La obra consta de doscientos cincuenta y ocho folios -aunque con algunas hojas en blanco- y dieciocho dibujos. En la introducción señala Escrivá muy bien la diferencia entre quienes saben fortificar y quienes sólo saben criticar las defensas una vez han sido fabricadas. Comenta que si el trazado de San Telmo no se parece al de otras obras que ya se estaban haciendo era debido a que la zona donde se hallaba impedía otras soluciones, pero *es assimesmo bueno por ser de pocas líneas contenida porque de pocas defensas tiene necesidad y poca gente la guarda porque menos circuito tiene y así con poca fábrica se haze y con poca costa y con poca artillería se defiende y sostiene que son todas estas cosas muy importantes entre guerreros y "h" aún entre príncipes* (fol. 3v^o). A partir de ese momento, Escrivá describe la forma del monte donde se construyó la fortificación, el diseño de ésta comparándola con Ferrara -que muestra bastiones de tipo moderno-, aunque el autor se defiende diciendo que aún en un llano haría la construcción igual, porque es más fácil al enemigo atacar los ángulos de un bastión que la cortina y su construcción, precisamente, reducía el número de ángulos. Poco a poco Escrivá va respondiendo a todas las cuestiones que surgieron en la polémica. Defenderá los torreones circulares, y no las construcciones en ángulo, por ser más difícil a la artillería alcanzarlos de través y batirlos. Llegará a decir que una fortificación no debe estar demasiado cerca de la urbe -como era el caso del castillo de San Telmo- para evitar que los ciudadanos pudieran apropiarse de la

⁶ BARADO, F.: *Literatura militar española*. (Barcelona, 1890), Madrid, 1996, pp. 192-193; MARAVALL, J.A.: *Antiguos y modernos*. Madrid, 1998, pp. 544-545.

fortaleza. En resumen, más que lo que pudiera aportar de novedoso en construcción militar, cabe destacar el talante del personaje que no se dejaba arrear por las opiniones de las gentes del país que inventó la no en vano denominada *Trace italienne*.

Los profesores de artillería de la escuela de Burgos -que ya existía en 1542- redactaron varios tratados que no pasaron del manuscrito y con el objetivo de enseñar. ¿Por qué no llegaron a la imprenta? ¿Por falta de público lector? ¿Por ser estudios que no interesaba difundir? También se debió crear una escuela en Barcelona hacia 1542 -en las Cortes de Monzón de dicho año se destinan nueve mil ochocientas cincuenta libras a la artillería-. La escuela de Milán es de las mismas fechas, mientras que la de Palma de Mallorca es de 1559 y la de Sevilla abrió sus puertas en 1575. Al ser un conocimiento práctico, los aspirantes debían residir cuatro meses al año en Burgos para formarse. Existen manuscritos que se pueden fechar en las décadas de 1550 y 1560, como el de Luis Ortiz titulado *Libro de artillería*, el de Hernando del Castillo *Libro muy curioso y utilísimo de artillería*, el de J. Fernández de Espinosa *Libro del arte militar por lo tocante a la artillería...*, que demuestran el nivel alcanzado. Las reglas que debían seguirse en la Escuela eran estrictas. Quien no consiguiese un cierto nivel o se mostrase inaplicado era expulsado. La blasfemia, la indisciplina y cualquier pendencia, de palabra u obra, eran castigadas con latigazos. El trato que se debía al profesor debía ser correcto y no se permitía acercarse a las piezas con otro ánimo que no fuese el de aprender. Estas y otras medidas, comunes a todas las escuelas de artillería, buscaban la perfecta formación de unos profesionales que no tenían tiempo que perder, al reducirse la formación a cuatro meses anuales⁷.

El manuscrito de Juan Fernández de Espinosa, cuyo título exacto es *Libro del arte militar para lo tocante al artillería y lo demás necesario para la guerra y batería de algún fuerte*, está compuesto por treinta y ocho folios y comienza con las prevenciones necesarias para poner una fortificación en buen estado de defensa, desde la forma de estropear las fuentes de agua cercanas, para que no pueda abastecerse el enemigo, hasta la construcción de protecciones -trinchones, reparos y bastiones- para frenar al contrario. Apuesta por el foso con agua por encima del foso seco, una polémica que hizo época. Explica, asimismo, cómo y dónde colocar una batería para expugnar mejor la muralla y la manera de atacarla con trincheras y minas.

⁷ COLLADO, L.: *Plática manual de artillería*. Milán, 1592, fol. 104vº, citado por J. Barrios: "La enseñanza militar española en tiempos de los Austrias", en *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, nº 56, 1984, pp. 100-101.

Dedica bastante espacio a la construcción de las minas: los tipos que hay, la forma de hacerlas, las medidas o precauciones que hay que tener para evitar una contramina, etc. El final de la obra está ocupado por un *Exámen con el qual se examina qualquiera que quisiere usar del arte del artillería*. La cuestión concreta que plantea -y resuelve- el autor es cómo encabalgar y disparar una pieza hallada en el suelo sin cajas, ruedas ni ejes. Seguidamente, plantea preguntas -todas con sus correspondientes respuestas- sobre la forma de disparar una vez que la pieza ha sido montada. Finaliza diciendo que todo lo expuesto es verdad al ser probado y experimentado por buenos artilleros y se fecha el trabajo en Túnez en 1559.

El manuscrito de Hernando del Castillo consta de ciento sesenta y cuatro folios y numerosos dibujos -veintitrés-. Pero le antecede a todo ello dos folios donde el autor explica cómo debe proceder el artillero para disparar una pieza. La obra se inicia con una descripción de cada modelo de cañón y le sigue cómo ha de ser cebado y disparado. También tratará otros aspectos como la forma de desclavar una pieza artillera, fabricar pólvora, aprender a dar la elevación a la pieza con la escuadra, cómo probar piezas nuevas, cómo disparar con arcabuz, los instrumentos que debe poseer todo artillero, etc. La que podríamos considerar segunda parte de la obra se dedica a los fuegos de artificio.

En los primeros tiempos, la influencia de los arquitectos italianos fue muy grande. A Llacayo nos informa de la existencia del libro de Francesco de' Marchi *Della architettura militare*, publicado póstumamente en Brescia en 1599, que estaba presente en forma de manuscrito en la biblioteca del Monasterio de El Escorial. La obra, escrita entre 1530-1551 y completada hacia 1566-1570, incluía veintinueve figuras y estaba dedicada a Felipe II. Como en otros casos, la información que contenía, considerada del máximo interés estratégico, no convenía que fuese difundida por la imprenta, de ahí que la obra permaneciese inédita durante mucho tiempo. De' Marchi creía que el arquitecto militar debía ser práctico *...dell'arte del misurare, intenda la prospettiva, sappia l'aritmética, posieda la Filosofia, intenda la Musica e la Medicina, le Leggi e la risposte dei Giureconsulti, sia intelligente in conoscer le stelle e pianetti del cielo*⁸. Todo un programa humanista. Otro autor italiano, Giovanni Battista de Zanchi que publicó su *Del modo di fortificar le città* (Venecia, 1544) mientras servía a la Monarquía Hispánica en la guerra de Siena, sin duda tuvo que influir a los militares hispanos gracias a una obra muy manejable por su tamaño. Asimismo,

⁸ GURRIERI, F.: "L'architettura delle fortificazioni dalla Toscana all'Europa", en *Il potere e lo spazio. La scena del principe*, Scala, 1980, p. 62.

Pietro Cataneo, natural de Siena, y autor de reconocido prestigio, le dedicó al embajador de Carlos V en dicha República, Diego Hurtado de Mendoza, su informe sobre cómo fortificar el puerto de Orbetello⁹.

También en estos años, Giacomo Lanteri -ingeniero mayor de Felipe II en Nápoles- y autor de *Due dialoghi... del modo di disegnare le piante delle forteze secondo Euclide...* (Venecia, 1557), pensaba que la función del arquitecto militar -y la fortificación- sólo era comparable a la medicina. La arquitectura militar es ciencia en tanto en cuanto su fundamento es matemático, mientras que la forma de regular la construcción de la defensa es arte; finalmente, al ser un trabajo práctico difícil de realizar -y de enorme trascendencia- es una facultad¹⁰. Teniendo en cuenta lo dicho, para L. Olivato el siguiente paso sería considerar la arquitectura militar superior a la civil o, cuando menos, creer que era un campo sólo apto para especialistas con experiencia bélica. A partir de esta idea, será lugar común para los tratadistas de la materia, tanto italianos como hispanos, abogar por la máxima experiencia a la hora de diseñar una fortificación y levantarla, contando siempre con las voces más autorizadas. La conclusión, lógica, sería considerar que la arquitectura militar -y el arte de la guerra en general- no se aprende en los libros, sino con la práctica. Entonces, ¿qué sentido tenía escribir sobre el arte de la fortificación? ¿El ego de los autores? ¿Se consagra un conocimiento cuando se halla impreso en un libro? Aún siendo importante la práctica directa, lo que está claro es que gracias a la imprenta algunas experiencias arquitectónicas defensivas fueron conocidas en el resto de Europa. Y es obvio que la influencia italiana en los ingenieros hispanos fue muy grande. ¿Por qué no escribieron más autores hispanos? ¿Les faltaba experiencia suficiente como para plasmarla en un libro? ¿Sólo escribieron los que realmente contaban con dicha experiencia? ¿Pensaban que sólo habían copiado sistemas ajenos? ¿Creían que no habían desarrollado un sistema propio? Es posible que la vida del ingeniero de los ejércitos hispanos no fuera demasiado fácil o, por lo menos, era dificultosa para escribir. La movilidad constante, la falta o tardanza de las pagas debieron ser fac-

⁹ CÁMARA, Alicia: *Fortificación y ciudad en los reinos de Felipe II*. Madrid, 1998, pp. 24 y ss.

¹⁰ Compárense estas palabras con las siguientes. Núñez de Velasco en sus *Diálogos de contención entre la Milicia y la Ciencia* (Valladolid, 1614) dice: *La fortificación o arquitectura militar es sciencia porque sus términos propios, y reales, sus principios demostrables, y toda su formal perfección, tiene sus fundamentos en las Matemáticas, las quales son sciencias puras, y conocidas por sus demostraciones ciertas y verdaderas*. Citado por Fernando R. de la Flor, *Tratado de fortificación o arquitectura militar dado por el capitán de infantería Don Mateo Calabro...* (1733), Salamanca, 1991, p. 37.

tores decisivos¹¹. Pero la de los extranjeros también lo era, y algunos ingenieros italianos que sirvieron en España escribieron, aunque otros no. ¿Les faltó a los hispanos una tradición escrita? Quizás pensaban que no hacía falta, que contaban con el reconocimiento y un número de discípulos suficiente¹².

La influencia de las primeras traducciones italianas

Dell'arte della Guerra (1522) de N. Maquiavelo llegó antes a la Península que a otros países a través de la traducción y adaptación, que no plagio total, que hizo de la obra el capitán Diego de Salazar en su *Tratado de re militari* (Alcalá, 1536) cambiando los nombres de los interlocutores del diálogo, el lugar de la acción y algunos ejemplos históricos¹³. Diego de Salazar era el personaje clave para realizar dicha adaptación. Contactó con Gonzalo Fernández de Córdoba en la campaña de Granada y, más tarde, le acompañaría a Italia. Salazar ciertamente estuvo influido por Maquiavelo, pero, en la importancia que da a los ejercicios con las armas y por las máximas o reglas militares que menciona, se detecta rápidamente la importancia de Vegetio en la obra del florentino y, por lo tanto, en la versión de Salazar. Por lo tanto, si bien Vegetio no fue traducido e impreso en castellano entonces -aunque sí circuló en forma de manuscrito, en castellano y en catalán, durante los siglos XIV y XV-, sus máximas militares llegaron al público lector por otras vías.

Pero otro autor clásico, Sexto Julio Frontino, también tuvo su importancia. Fue traducido por Diego Guillén de Ávila, canónigo de Palencia, -*Julio Frontino de los consejos, y exemplos militares*- (Salamanca, 1516) e impreso antes que Maquiavelo publicara su obra en 1522¹⁴. El traductor dedicaba

¹¹ PORRES GIL, C.: *La organización defensiva española en los siglos XVI-XVII. Desde el río Eo hasta el valle de Arán*. Valladolid, 1995, p. 29.

¹² CÁMARA, 1998, p. 30.

¹³ MAQUIAVELO, N.: *Del arte de la guerra*. Estudio introductorio de M. Carrera. Tecnos, Madrid, 1988, p. XXXV; SALAZAR, Diego de: *Tratado de re militari*. Alcalá, M. de Eguía, 1536. Diego de Salazar también fue el primero en compendiar el sistema militar que puso a punto en Italia G. Fernández de Córdoba, aunque algunas de las máximas que pone en boca de éste son copias literales de Vegetio. De hecho, su libro se desarrolla en forma de diálogo entre el Gran Capitán y D. Pedro Manrique de Lara, duque de Nájera, y, por ello, dice el autor: *Leyéndolo sus amigos y servidores... para que entiendan las cosas de la guerra por dos tan sapientísimos hombres preguntados y respondidos, porque si con el ver no lo alcanzaron, con el leer al menos lo deprendan* (sic).

¹⁴ QUATREFAGES, R.: *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid, 1996, p. 67. Para este autor las victorias en Italia y la obra de Diego de Salazar hicieron de Gonzalo Fernández de Córdoba un innovador teórico, además de un excelente soldado: *...la concepción y creación del nuevo ejército fue obra del gobierno de los Reyes Católicos, en especial del pequeño grupo de sabios humanistas que ocupaban los más altos puestos políticos y administrativos*.



Nicolás Maquiavelo

su trabajo a don Pedro de Velasco, conde de Haro, pero en la dedicatoria se apresura a señalar que no la ha hecho porque el conde no entiende el latín, sino para que con su sabiduría en tal lengua le pueda corregir su versión, además de protegerlo y, eso sí, para que pudieran leerlo los soldados que no aprendieron en su momento la lengua latina. Siguiendo a Aristóteles, como harán tantos otros autores, Diego Guillén de Avila asegura anteponer el bien público al propio. Una de las ventajas de la obra es que, de forma breve, puede enseñar muchos remedios a situaciones complicadas en las que se ven envueltos los hombres de guerra.

La obra de Frontino se divide en cuatro libros: el primero se dedica a todo lo relacionado con la marcha del ejército antes de producirse la batalla: aconseja llevar los planes de guerra en secreto y, al mismo tiempo, intentar conocer los planes del enemigo; cómo marchar por lugares difíciles para el contrario y cómo escapar de los difíciles para nuestra marcha; cómo escapar de emboscadas; cómo evitar las discordias internas y preparar el ejército para la batalla; cómo atrasar ésta si se considera conveniente... El libro segundo está dedicado a la batalla en sí: qué momento y lugar escoger para dar la batalla; cómo se ha de ordenar la gente y embarazar el ordenamiento del enemigo; cómo hay que dejarle una salida al oponente para que huya -si se ve cercado, puede volver a la batalla-; qué se hará después de la batalla; cómo organizar la huida... El libro tercero trata sobre el desarrollo de un sitio: cómo rodear una plaza, usar del hambre, impedir salidas del enemigo, atacar por sorpresa, etc., y, por último, el libro cuarto trata de la disciplina y ciencia militar y de algunas virtudes como la justicia, continencia, constancia y moderación. La técnica de Frontino es muy simple: primero expone el tema que se va a tratar en forma de enunciado, pero él no desarrolla ninguna teoría por escrito, simplemente acumula ejemplos extraídos de las acciones de los grandes capitanes de la Antigüedad.

Pero volvamos al origen. Partiendo de la base de que todo Estado necesita un ejército que le garantice su seguridad e independencia, Maquiavelo se plantea qué tipo de ejército es el más adecuado, es decir, cómo se reclutarían las tropas que formarían dicho ejército. Para el florentino, lo ideal sería contar con una milicia nacional no profesional, pero perfectamente preparada, que se disolvería una vez terminado el peligro. El modelo de referencia no podía ser contemporáneo: *...como la institución militar se corrompió totalmente y se alejó infinitamente del antiguo modelo, surgieron esas funestas opiniones que hacen odiar la milicia y evitar el trato de quienes la ejercen...* Es decir, se odiaba al mercenario que luchaba por lucro y no por defender la patria y la religión. Por lo tanto, empleando autores

como Vegecio, Frontino, Polibio o Tito Livio, Maquiavelo se propuso reformar el ejército de su época siguiendo el modelo de la República romana - para resaltar la semejanza con Florencia-, por ello resaltó el papel de la infantería, reduciendo mucho la importancia de la caballería y de la artillería -más defensiva que ofensiva, en la mentalidad del autor. A nivel estratégico, era un defensor nato de la guerra de aniquilación mediante la batalla, de ahí la importancia que le da a saber marchar -táctica- y saber organizar las tropas en forma de batalla -o arte de escuadronear. Las guerras han de ser cortas y definitivas porque en caso de alargarse, como señalaban los antiguos, podían descontrolarse. Por otro lado, al ser la infantería el nervio del ejército, y dadas las dificultades logísticas del momento -que Maquiavelo no se plantea apenas-, el florentino defiende la austeridad extrema de las tropas -y su disciplina- mientras se muevan por el territorio, ya sea amigo o enemigo. Todos estos aspectos, y especialmente la necesidad de contar con un ejército propio como salvaguarda del Estado, tuvieron una gran trascendencia en la tratadística militar y en el pensamiento político europeos de los siglos XVI y XVII¹⁵.

En su versión, Diego de Salazar parte de la base que sociedad civil y sociedad militar deben estar unidas en la defensa de las leyes y de la religión, pero en aquellos años -y observamos el tratamiento que hace del texto de Maquiavelo-, *por ser la orden militar casi en todo corrompida y olvidada en ella los antiguos órdenes [h]an nacido estas opiniones que hacen a los populares tener en odio la milicia y huyr la conversación de los guerreros; y por esto yo quisiera reduzir la presente milicia a los antiguos ordenes*. Reconoce que su obra es un compendio de lo que él ha experimentado en la milicia, pero también de lo que ha leído en autores antiguos y modernos, *...siguiendo más que a los otros el parecer de Machavelo: porque imita él a Vegecio....*

Para Salazar, una vez decantado el príncipe por una milicia nacional, ésta deberá estar compuesta por hombres de dieciocho a treinta y seis años, la mejor edad, que se renovarán cada quince años. Que política y organización de la guerra están unidas se observa en la elección de consejeros que debía hacer el príncipe: los mejores son aquellos que siempre recomiendan la paz a su príncipe, que no esperan sacar provecho personal de la guerra, que saben gobernar a los vasallos durante la paz, pero también conducirlos

¹⁵ GILBERT, Félix: "Maquiavelo: el Renacimiento del Arte de la Guerra", en *Creadores de la estrategia moderna*. P. Paret ed. Madrid, 1992, p. 38. La obra de Maquiavelo tuvo veintiuna ediciones en el siglo XVI y fue traducida al latín, inglés, alemán y francés.

en la guerra, que nunca será su oficio.

Una vez explicado el perfil más adecuado tanto del soldado como del oficial, en el libro segundo se trata sobre el tipo de armas que se usarán. Se defiende el soldado de infantería con arma defensiva completa, además de las ofensivas, con lo cual es más difícil de herir y, por ello, más peligroso para el enemigo. Con el ejercicio físico, siempre y cuando se elija a los más aptos, se conseguirá la práctica suficiente para que el infante pueda evolucionar en el campo de batalla con tanto peso encima. La caballería se empleará para descubrir al enemigo, romper sus líneas de suministros, acometerlo y cansarlo, y perseguirlo tras la derrota, pero nunca para embestirlo como se hacía en la Edad Media. Ahora bien, si se conserva la caballería también es *...para reputación del ejército* (fol. XIII). Y así será durante mucho tiempo.

Se nos explican las diversas modalidades de formación del escuadrón, estando el clásico compuesto por un cuarenta por ciento de piqueros, otro cuarenta de coseletes y un veinte por ciento de arcabuceros, dispuestos de la siguiente forma: primero la mitad de los piqueros, le seguirían la totalidad de los arcabuceros, tras los cuales vendrían sucesivamente la totalidad de los coseletes y el resto de los piqueros. En el libro quinto, Salazar, de forma menos farragosa que Maquiavelo, explica cómo ordenar el ejército en marcha que espera ser atacado en cualquier momento. Sobre un ejemplo de seis mil hombres, él lo divide en diez capitanías de quinientos hombres compuestas cada una por cien piqueros, cien arcabuceros, cincuenta ballesteros y doscientos cincuenta rodeleros. Irán precedidos por cien caballos ligeros, que se adelantan media legua, y éstos, a su vez, precedidos por otros veinte caballos ligeros a un cuarto de legua de distancia. Si el camino era bueno se aconseja que cada capitanía marchara formada en cincuenta filas de diez hombres de frente; si el camino era malo los arcabuceros irían sueltos caminando por los lados y el resto de la gente por el camino.

Maquiavelo terminaba su obra explicando que los sistemas de guerra empleados por los italianos eran obsoletos, pero el gran problema era, en realidad, que no habían incorporado los modernos. No habían aprendido. Los suizos y los españoles se habían disciplinado a la fuerza, pero todavía no habían alcanzado la perfección absoluta. Los italianos aún tienen tiempo de hacerlo y, si lo conseguían, nadie se les podrá resistir en los campos de batalla de su tierra.

En la Península, durante los primeros años del siglo XVI, convivieron tanto la tendencia marcada por N. Maquiavelo, como un intento por prolongar la gloria caballeresca del medievo. Juan López de Vivero Palacios Rubios escribió su *Tratado del esfuerzo bélico heroyco* (Salamanca, 1524),

contemporáneo de la obra del florentino, con la intención de señalarle a su hijo las claves psicológicas del valor en el combate. El doctor Palacios Rubios nació en el obispado de Salamanca, donde estudió desde 1484. Jurista de prestigio, Fernando el Católico lo nombró para formar parte de la Junta de Toro (1505). También fue canciller en Valladolid y del Real Consejo tanto de la reina Juana como de Carlos I. Su obra es una oda al valor, a la honra y a la gloria ganadas mediante el esfuerzo, pero sin excluir la clemencia del vencedor, ideales bélicos caballerescos. El valor debe ser medido y controlado, no desmesurado, porque ello es osadía, una actitud poco recomendable y, mucho menos, en el príncipe -cita al respecto un hecho de armas censurable de Alejandro Magno. También es un rechazo hacia las armas que matan a distancia -desde la ballesta al arma de fuego-, no sólo porque impiden la lucha cuerpo a cuerpo, y por lo tanto impiden al caballero demostrar sus virtudes en el combate aprendidas tras muchos años de ejercicio, sino que, aún peor, dichas armas permiten al plebeyo matar al caballero. Para Palacios Rubios, el ejercicio de las armas estaba por encima del estudio: *Verdad es que las cosas del esfuerzo, mejor se aprenden y saben por ejercicio y experiencia que por escrito...*¹⁶

Pero incluso antes que N. Maquiavelo escribiese su obra, la necesidad de mejorar todo lo relacionado con el ejercicio de la guerra ya se había manifestado. El conde de Clonard reproduce un escrito del capitán Hernán Pérez al cardenal Cisneros (de 1516 ó 1517) con el título de *Avisos para las cosas de la guerra*. Debido al interés demostrado por el cardenal por las cosas de la guerra, y viendo el autor *...la desorden é poca industria é mucho descuido que en este arte militar de guerra, parésceme que lo que han de vivir este oficio é arte que deben ser astrutos (instruidos) en este oficio... parésceme que los hombres de guerra deben ser examinados é saber de que manera han de servir en la guerra é saber la razón de su oficio... y para esto paresciome que era bien poner estas preguntas e capítulos porque el que diere razón á cada cosa dellas é qué cosa es é qué es lo que de ello se contiene...* Lo que sigue podría pasar perfectamente como un índice de cualquiera de las obras sobre arte de la guerra que analizaremos más adelante. El capitán Hernández propone que el aspirante a oficial conozca cuál es el origen de la guerra, las características del soldado y del oficial, cómo formar escuadrones, cómo organizar la artillería y cómo se dispara, etc. El programa de

¹⁶ LÓPEZ DE VIVERO PALACIOS RUBIOS, Juan: *Tratado del esfuerzo bélico heroyco*. Edición facsímil publicada en Madrid, p. 2 y capítulos XI y XIV.

conocimientos propuesto exigía al oficial dominar la táctica, la artillería, la administración y la contabilidad, la logística, la estrategia tanto defensiva como defensiva y el trato con los hombres¹⁷.

Algunos años antes, el cordobés Gonzalo de Ayora *asaz experimentado en las letras y armas, habiendo estado algunos años en Italia, Francia y Alemania siguiendo los ejercicios de armas de guerra, vio y entendió la ventaja que tenía el ejército bien ordenado, aunque fuese de poco número, al de la muchedumbre, confuso; a cuya causa deseó introducir en España lo que suizos y alemanes usan en la guerra, y así lo propuso a los Católicos Reyes...*¹⁸

En otro orden de cosas, el primer intento de un autor hispano por sistematizar la nueva forma de hacer la guerra, si dejamos aparte la obra de Diego de Salazar, fue el libro de Diego de Montes *Instrucción y regimiento de guerra...* (Zaragoza, 1537). En la dedicatoria a don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, Diego de Montes esperaba que tan ilustre señor y guerrero amparase su obra y la corrigiese si fuera el caso. El libro se divide en nueve capítulos y es un tratado práctico sobre cómo reclutar, cómo transportar las vituallas, la artillería, etc., durante las marchas, cómo dirigir el ejército y sobre la táctica más adecuada. Su principal fuente de conocimiento era la experiencia del Gran Capitán en sus campañas italianas. En algunos consejos -*Son buenas armas los arcabuces y escopetas para la guerra; pongan la artillería en la rezaga*- se observa cómo la nueva realidad militar podía tardar un tiempo en imponerse, pero, antes o después, era asumida y, de la experiencia personal del soldado, a través de su pluma, llegaría al impreso. Diego de Montes consideraba que los hombres que libremente aceptan el servicio de armas son *hombres de buen género: deseosos de ganar honrra; estos son después muy honrrados soldados, de noble conversación; y suelen salir destos algunos muy señalados en las armas...* En cuanto a la batalla, Montes considera que la victoria será, por este orden, de quien tenga una causa justa para luchar, quien tenga los soldados más prácticos, que no mayor cantidad, y quien sepa ordenar mejor sus tropas el día de la batalla. Montes creía que cada compañía debía ser, imitando a los alemanes, de quinientos hombres y un escuadrón no debería tener más de ocho mil hombres o, como mucho, diez mil, porque de lo contrario no todos

¹⁷ CLONARD, Conde de: *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería*. Madrid, 1853, tomo III, pp. 150-153.

¹⁸ HERNÁNDEZ DE MADRID, Alfonso: *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia*, citado por L. Díez del Corral en *El pensamiento político europeo y la Monarquía de España*, Madrid, 1975, pp. 162-163.

podrían pelear. Por ello, es necesario que salgan algunas mangas de arcabuceros que, en caso necesario, apoyarán a su escuadrón haciendo mucho daño al enemigo. La obra termina con el deseo del autor de experimentar la guerra contra *los pérfidos turcos sarracenos, nuestros enemigos, y no entre Cristianos...* La guerra, y el entendimiento sobre la misma, en tanto que justa, como un instrumento para poder derrotar la secta mahometana y así conseguir que las almas de los infieles se salvaran.

Francisco de Pedrosa compuso un *Suplemento Re militar* (Nápoles, 1541) dedicándolo a Joan de Joara, capitán del castillo nuevo de Nápoles. Dice el autor que no había buscado la protección de un gran señor a quien dedicar la obra puesto que no tiene ningún miedo a la reacción que pudiera causar su escrito. Se había basado en otros muchos escritores de talento y su gran estímulo ha sido el capitán Joara. Alegaba llevar treinta y ocho años en la milicia y sólo este es suficiente aval para hacer callar a quienes pensasen que no tenía conocimientos suficientes sobre el oficio del que trata. Si había glosado a otros autores, griegos y romanos, fue por considerar muy importante que los hombres de armas conocieran lo que habían escrito todos ellos, sin pretender él ponerse a su altura. En el grabado de la portada se observa un caballero armado, pero sin el yelmo, que ha hecho un alto en la batalla, ha descendido del caballo y está escribiendo.

En la dedicatoria a los lectores, comenta el autor que su trabajo era una recopilación de ejemplos antiguos sobre la guerra, cosa importante por *lo poco que hay que decir bien de la milicia moderna, la qual ha venido en tanta debilidad y flaqueza, que por su desemejanza de muy pocos es conocida...* Si no le interesa como aprendizaje de lo militar, el lector puede ver la obra como una compilación de hechos heroicos del pasado, muchos de ellos ya olvidados.

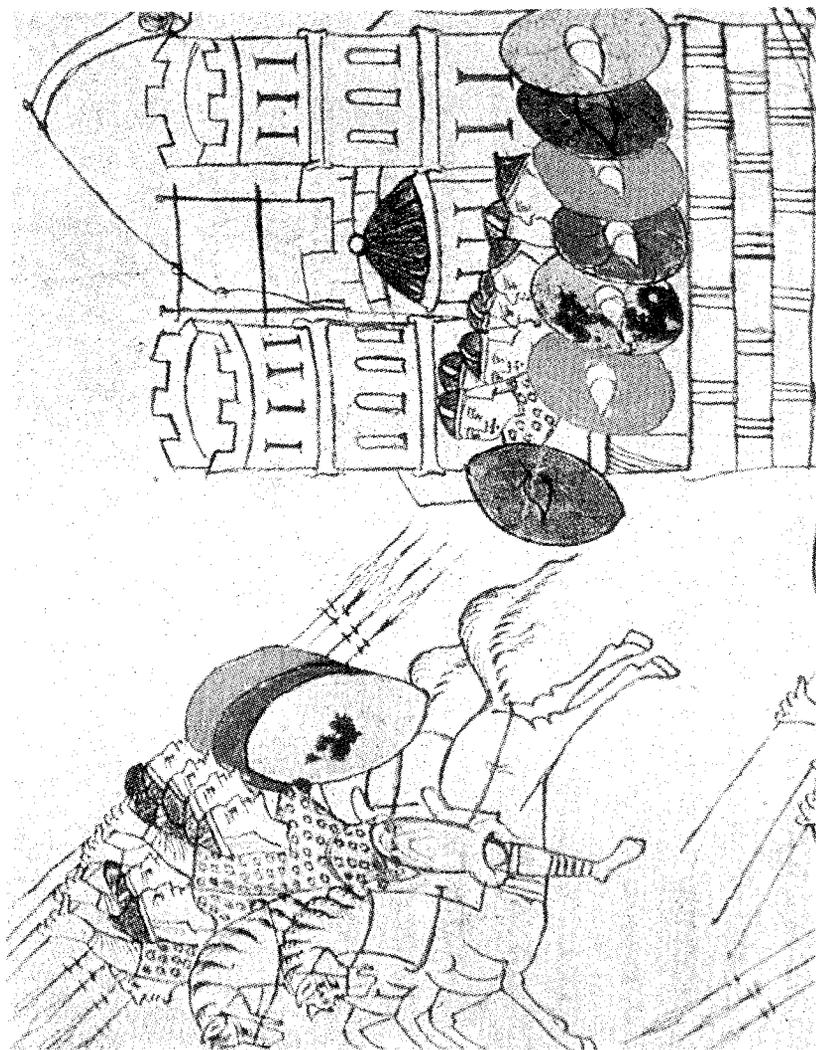
La obra consta de nueve libros y doscientos treinta y nueve folios. En el libro primero se comentan los orígenes del arte militar; cómo es más conveniente un ejército de reducidas dimensiones, pero de hombres prácticos en el manejo de las armas, que no uno muy numeroso de gente indisciplinada. Siguiendo a Vegetio, trata sobre la forma de instruir a los soldados, la mejor edad para militar, los lugares donde se producen los soldados más óptimos; recuerda la conveniencia de que el oficial sea hombre instruido, que tenga letras... El libro segundo se dedica a la crianza y elección de los caballos, con varios grabados con caballería antigua y moderna. El libro tercero se dedica a la instrucción de las tropas, la enseñanza de las disposiciones de combate, o escuadrón, las diferencias de la antigüedad con aquella época, en especial debido a la introducción del arma de fuego portátil y la artillería. También trata sobre la guerra justa; la forma de impedir el capitán

que se conozcan sus disposiciones de guerra y la religión aplicada a la guerra de los antiguos. El libro cuarto versa sobre la marcha del ejército con la necesidad de contar con buena información del territorio por donde se pasa y cómo atravesar ríos y lugares dificultosos. El libro quinto se dedica al alojamiento: el cuidado que hay que tener para disponer todo lo necesario para sustentar el ejército, dónde alojarlo, cómo caminar con el ejército ordenado; la dificultad de la climatología, sobre todo en invierno y, por último, cómo enviar mensajes cifrados. El libro sexto trata sobre la preparación *psicológica* de las tropas para el combate, mientras que en el capítulo siguiente se explica cómo saber el número de tropas que lleva el enemigo, cómo elegir un buen lugar para dar la batalla, cuándo arriesgar, etc. El libro octavo está ocupado por la victoria y cómo administrarla, así como los ardidés que se pueden emplear para confundir al enemigo, las traiciones, etc. El libro noveno, y último, se dedica al sitio y defensa de una plaza.

En definitiva, se trata de una puesta al día, en castellano, de las viejas virtudes militares romanas, sobre todo, confeccionada por un hombre que entró a militar a inicios de siglo y que, con su desdén por la artillería, demuestra que se había quedado anclado en el pasado.

Diego Núñez de Alba publicó sus *Diálogos de la vida del soldado, en que se cuenta la conjuración y pacificación de Alemaña...* (Salamanca, 1552). Aunque nosotros hemos consultado la segunda edición, impresa en Cuenca en 1589. La obra estaba dedicada a doña María de Toledo, duquesa de Alba; en la dedicatoria comenta Núñez la disputa entre escribir y actuar: *...esta claro que si los capitanes no obraran, los historiadores no tuvieran que escrebir, y que si ellos no escribieran, no durara tanto la memoria de los antiguos hechos, y que muchos claros Capitanes y Illustres, mayormente de los Gentiles, dexaran de acometer la mayor parte de lo que hizieron, sino pensaran alcançar esta memoria.* Explica el autor que tituló su obra *...de la vida del soldado, para poder conforme al título escrevir las particularidades, que he visto en este hábito, en tantos años como a que lo tengo.* La obra resulta ser un extraño híbrido entre un tratado histórico sobre la guerra en Alemania y el típico libro sobre el funcionamiento interno del ejército y las críticas a algunos excesos como las plazas supuestas, la forma de hacer los alojamientos, etc.

En 1558 L. Suárez de Figueroa, alcaide de Novara, publicó en Venecia su traducción de la obra de A. Cornazzano, un clásico del siglo XV, *Las reglas militares.* A. Cornazzano (Piacenza 1431-m. 1483 ó 1484) vivió un tiempo en Milán bajo la protección de F. Sforza. Pero tras la muerte de éste, marchó a Ferrara, donde compuso el tratado que nos ocupa, primero escrito en prosa y dedicado a Ercole d'Este, y luego en verso, dedicado a Fede-



rico de Montefeltro y publicado en 1494. Sería esta la edición que en 1520 fue adaptada literariamente al dialecto toscano por Giunti y dedicada a F. Gonzaga. El traductor Suárez de Figueroa utilizaba dicha edición y alegaba en su prólogo al lector que la nación española *..fiándose de la fortaleza de ánimo y récia complexion de que la naturaleza la ha dotado, se da ménos que otras al estudio militar... instado del deseo de un buen vasallo debe tener al servicio de su Rey y Señor natural, y del amor entrañable que tengo á mi Nación, me he movido á hacer esta traducción...* Como todos los traductores se excusa por las libertades tomadas, especialmente en el caso de un autor tan *cerrado* y *oscuro* como Cornazzano. De hecho, el italiano de este último era tan dificultoso, que *muchos por este defecto han dexado de tractarla, y leerla, y los que la han leydo han sido... por lo util que della han sentido, han querido trabajar de entenderla, suffriendo su aspereza, con la paciencia, como se sabe cierto del señor Próspero Colona de buena memoria, que no solamente la leya, más la tenía por tan familiar, que siendo el único preceptor de milicia, se deleitava, y no se despreciava, de dezir decoro (sic), delante de los esquadrones, todo un capítulo, según venía al propósito de lo que hablava* (fols. 3-4).

Escrito en verso, a base de tercetos endecasílabos, A. Cornazzano dividió en nueve libros, con cincuenta y seis capítulos, su tratado que tocaba desde el origen de la milicia y de cómo en la capacidad, disciplina y organización del ejército -la virtud- y no en su cantidad radica la victoria. Desde Vegetio, como estamos viendo, todos los autores asimilarán la idea que el pequeño ejército, bien disciplinado, es mejor que uno numeroso. Continúa A. Cornazzano, sin abandonar a Vegetio, explicando las condiciones físicas que han de poseer los soldados y los oficiales y sus cualidades -morales-, destacando la necesidad de estar instruido en el arte de la guerra: *Con más fuerça d'esto que cierto hiere,/ Aquel que la doctrina haura apprendido,/ Que el que sin ella largo lo tuviere.* (Los ejemplos son Alejandro Magno). *Después se vido en campo, que llevasse/ de librería un carro decontino (sic),/ y que en qualquier albergo estudiase* (Julio César, Aníbal o Pirro). Sus enseñanzas nos son conocidas gracias a las letras, a la Historia, que de esta forma prestan un gran servicio al soldado: *Qué noticia sería del tiempo antigüo/ sin scientia, pues nació della la Historia/ perfecta luz, que el hombre trae consigo?/ Como pudiera estar biva la gloria/ De Alexandre, Anibal, Cesar y Cipio/ si no fuera en escritos, la memoria?* (fol. 28). La conclusión, lógica, es que: *Assí que el moço que a milicia es dado,/ para mejor guardar siempre el decoro,/ de letras tenga su maestro al lado/ porque aunque el yelmo en sí solo es tesoro/ si con las armas scientia, en uno huviere,/ Aquel será un rubí, ligado en oro.* De la misma forma,

A. Cornazzano remarca los vicios y debilidades de carácter que deben ser erradicados por el oficial porque, de lo contrario, lo invalidan como tal.

El libro segundo trata exclusivamente sobre los caballos. El tercero sobre las armas antiguas y modernas y el orden moderno de la batalla y sus señales. Sigue con una argumentación a favor de la guerra justa y de cómo el príncipe debe pensarlo muy bien antes de romper las hostilidades: *Exército en battalla, es nave al viento/ puesta en fortuna, tanto que a moverla, /furiosso nunca seas, antes lento* (fol. 76v^o). La discreción de nuestros asuntos militares contrasta con la necesidad de conocer, mediante espías, los movimientos del enemigo.

El libro cuarto trata sobre la conducción de las tropas en campaña; especialmente resalta la prudencia que debe tener el general en todo este negocio y se recrea en explicar cómo escaramucear, emboscar, atravesar ríos y ganarle pasos terrestres al enemigo. Como en otros autores, defiende que se conozca el terreno por donde se moverán las tropas mediante el uso de espías, de gente práctica de la zona y de mapas. El libro quinto se centra en la acampada, saber elegir los mejores lugares según el terreno y el clima, y aconseja que las órdenes escritas circulen en cifra.

El libro sexto lo dedica a la preparación psicológica del soldado para encarar la batalla. El general deberá usar de la arenga e intentará a última hora tanto confundir al enemigo como conseguir que algunos de sus hombres deserten. De hecho, una buena añagaza es presentar soldados propios como desertores del enemigo para confundir a éste. El libro séptimo se dedica a la batalla. El buen general debe conocer la forma de pelear del contrario para contrarrestarla; debe tener conocimiento del número de hombres del enemigo y su calidad y, en función de ello, debe decidirse o no por la batalla. Termina declarando cuáles son los fundamentos de la fortaleza del general -prudencia, destreza...- y cómo se ha de comportar éste tanto en la victoria como en la derrota. Los libros octavo y noveno complementan la victoria obtenida tras conquistar una plaza -cómo gobernarla, cómo precaverse de los traidores- y qué hacer en caso de ser sitiado. Al final de la obra se insiste en los premios que deberán recibir los soldados, reservándose el general la gloria y la honra.

Todos los ejemplos utilizados por el autor pertenecen a la Antigüedad, aunque en relación a las armas de fuego, es consciente que su uso cambiará la situación -la obra estaba escrita en 1493-; reconoce que, en relación a las batallas de la Antigüedad, en la Edad Media se producían menos bajas; ahora bien, ¿se refiere exclusivamente entre la gente de la caballería pesada, o contando también a los plebeyos de la infantería? Esta apreciación es muy importante, puesto que ningún autor por nosotros leído hace mención

a la realidad, clara y evidente, del aumento del número de tropas en los ejércitos de la Época Moderna y, con el uso del arma de fuego, el consiguiente incremento del número de bajas. En una época de evidentes dificultades para la recluta de tropas y, sobre todo, de enormes complicaciones logísticas, tanto en el abastecimiento como en el transporte de las tropas, no es de extrañar que se aprecie el ejército reducido en número pero de gran capacidad técnica y de combate. De esta forma, los diversos autores repararán en las ventajas de la disciplina de la Antigüedad, pero ninguno en el coste en vidas humanas de las grandes batallas del pasado como hizo A. Cornazzano.

Las traducciones hispanas de los clásicos de la Antigüedad

De todos es conocido que el Renacimiento significó una recuperación de las obras de determinados autores de la Antigüedad, griegos y romanos, para dar a conocer a los lectores modernos las causas de las guerras, su desarrollo y, en definitiva, para extraer lecciones que servirían para la formación político-militar -y, por qué no, psicológica- de la nobleza y de los militares¹⁹. Los héroes-generales de la Antigüedad eran el espejo en el que debían mirarse los modernos soldados.

Diego Gracián²⁰ tradujo las obras de Jenofonte (Salamanca, Juan de Junta, 1552), un volumen en tamaño folio que incluía *La Historia de Ciro*, en ocho libros, donde se explicaban las cualidades del perfecto príncipe y el mejor género de gobierno; le seguía la *Anábasis*, en siete libros, *donde se muestra claramente que vale más la disciplina y prudencia de los capitanes y la virtud y el esfuerzo de pocos soldados, que no la multitud de huestes de los enemigos*; le siguen, todos compuestos por un libro, el oficio y cargo del capitán general de los de caballo, y de lo que se requiere en el buen caudillo; arte militar de caballería, de los caballos y de las partes que ha de tener

¹⁹ HALE, 1983, pp. 440-441. Hale cita las intenciones de T. Porcacchi a la hora de lanzar en su *Collana Historica* una serie de traducciones de clásicos: *Deve principalmente avvertire di tutte l'operationi che si leggono nell'istorie i qual sia maggiore, et di piu importanza: et essendo senza dubbio la guerra, perche da esa dependono gli stati et gli imperi, ha de considerare il giudicioso lettore, in che modo sono stato da gli antichi maneggiati le guerre, et paragonatele con le moderne, valersi a tempo*. Los clásicos a traducir eran: Dicles el Cretense y Dares el Frigio, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Diodoro Siculo, Dionisio de Halicarnaso, Flavio Josefo, Plutarco, Apiano Alejandrino, Lucio Flavio Arriano y Dión Casio.

²⁰ MENÉNDEZ PELAYO, M.: *Biblioteca de traductores españoles*. Vol. II, Madrid, CSIC, 1952, pp. 177-191.

el buen caballero para la guerra; loores y proezas de Argesilao, rey de Lacedemonia, *en que se representa qual deve ser un prudente y valeroso capitán; de la República y gobernación de los lacedemonios, y de las reglas y preceptos de la guerra; de la caza y montería, cuyo exercicio es necesario para la guerra.*

En la dedicatoria al futuro Felipe II, Diego Gracián explicaba que más que objetos de oro y plata o joyas, que no dejaban de ser mercaderías, era más provechoso para el príncipe que el estudioso le presentara el objeto de su estudio. Con estas traducciones le ofrecía a su señor todo un programa de consejos políticos y bélicos. *Y aunque esta orden y manera antigua de guerrear no conviene, ni concuerda del todo con la disciplina militar de nuestro tiempo, todavía es cosa agradable y apazible conferir y comparar aquella muy antigua con la nuestra.* Siempre hay tiempo para enmendar lo corregible con el conocimiento y el ejemplo de los clásicos. El príncipe deberá recibir su trabajo con ánimo real, *para que con reboverla a ratos pueda recrear el espíritu cansado de continuos trabajos, y arduos trabajos de la república, con el deleyte de la Historia...*

En el prólogo, Diego Gracián comenta la honorabilidad de su intención a la hora de enfrascarse en aquella traducción para que el lector aprendiese una buena disciplina; en todo caso, su intención había sido actuar *...como aquel lacedemonio que iba coxo a la guerra, siendo preguntado qué pensaba hacer?, respondió, ya que no haga otra cosa embotará la espada del enemigo que me matare; así yo por el consiguiente podré responder, que ya que no haga otro provecho alomenos embotará con la lición desta obra a los letores Españoles el gusto de entendimiento para leer los libros de mentiras y patrañas que llaman de cavallerías, de que ay más abundancia en nuestra España que en ningunos otros reynos, [h]aviendo de [h]aver menos: pues no sirven de otra cosa sino de perder el tiempo y desautorizar los otros buenos libros de buena doctrina y provecho. Porque las patrañas difformes y deconcertadas que en estos libros de mentiras se leen, derogan el crédito a las verdaderas hazañas que se leen en las historias de verdad.*

La *Historia del rey Ciro* arranca con las características del gobierno y las costumbres persas sobre la milicia, la caza, los ejercicios físicos, las armas, etc. Trata como gran virtud la prevención que debe tener el buen capitán en materia de guerra, especialmente cuando ya tiene al ejército en campaña: el saber elegir el sitio para acampar, controlar las tropas, impedir la ociosidad, etc., serán temas recurrentes en la tratadística militar, como hemos visto. Los ardidés en la guerra son importantes, aprovechando siempre los descuidos del enemigo; en contrapartida, ello hará que permanezcamos siempre vigilantes y, por lo tanto, será difícil que nos atrapen en un descuido. La

práctica de la caza es útil no sólo por el ejercicio físico, sino también porque nos obliga a planificar el ataque, a emplear ardidés, etc.

El libro segundo comenta la forma de organizar el ejército, pero cabe destacar el tipo de contacto que se debe mantener con los capitanes, hay que conocerlos y hay que saber hablarles para que todo el ejército conforme una unidad. Las arengas cumplen tal función, pero también el ejercitar a toda la milicia formada. En el libro sexto, con Ciro en campaña, se nos explica la importancia de conocer los lugares por donde se transita, siendo provechoso contar con la información de los naturales; también es positivo adelantarse al enemigo para ordenar nuestro ejército, pero de tal forma que, posteriormente, no tengamos que moverlo, lo cual siempre altera a los hombres. En el libro séptimo se razona, una vez alcanzada la victoria, que *...de la sciencia del arte militar de la guerra y del exercicio della siempre nos devemos guardar de no hazer participantes a aquellos que queremos tener y poseer por nuestros obreros y tributarios, sino que a éstos os hemos de exceder en estos tales exercicios, y valer más que no ellos. Sabiendo y conociendo que Dios mostró a los hombres estos instrumentos de libertad y felicidad* (fol. 83). Quien tenga siempre las armas a punto logrará sus propósitos.

En la *Anábasis*²¹, como se sabe, relata Jenofonte la lucha entre el emperador persa Artajerjes y su hermano Ciro, quien había contratado diez mil mercenarios griegos, sin empleo tras el final de la Guerra del Peloponeso, para que lo ayudasen en su lucha. La derrota de este último en la batalla de Cunaxa y la posterior retirada de los mercenarios griegos completan la obra. Se comienza relatando cómo Ciro logró reunir un ejército sin levantar sospechas, de forma que en su momento pudo actuar cogiendo por sorpresa a su hermano. De hecho, hay una primera enseñanza y es que, el señor de un gran imperio tiene como principal enemigo las distancias y el tiempo que tarda en reunir su ejército, de modo que la mejor forma de hacerle la guerra es con la rapidez. Por ello Ciro, en un momento en el que sus carros se atascaban en el vadeo de un río, ante la vista de todo su ejército, no dudó en obligar a sus nobles persas a que empujaban también ellos los carros. *Pudo verse entonces un hermoso ejemplo de disciplina*, dice Jenofonte (I, 5). En una de sus arengas a los mercenarios griegos, Ciro no sólo no duda en descalificar a sus compatriotas, sino que también les alababa la vanidad indicando que, a pesar de la gran cantidad de persas a su disposición, *...pensaba que valíais más y erais más fuertes que un crecido número de bárbaros*.

²¹ Utilizo la traducción moderna de Ángel Sánchez-Rivero, Planeta, Barcelona, 1993.

Cantidad y calidad siempre reñidas. Ciro comete un error cuando, ante la retirada sistemática del numeroso ejército de su hermano, baja la guardia y permite que sus tropas avancen en desorden y dejando las armas en los carros del bagaje. Así, de pronto se encuentran con el ejército enemigo perfectamente formado, descrito con todo lujo de detalles, como el desarrollo de la propia batalla, por Jenofonte (I, 7-8).

Tras describir la derrota y muerte de Ciro, Jenofonte explica la trayectoria educacional y política del difunto, resaltando cómo su proverbial sentido de la justicia hacía que todo el mundo le apoyase. *Los generales y capitanes no acudían a él por el dinero, sino porque sabían que obedecer puntualmente a Ciro representaba más provecho que la simple soldada mensual. Jamás quien ejecutó con esmero las órdenes de Ciro dejó de ver recompensado su celo* (I, 9).

El *Hipparchico* trata sobre el oficio y cargo del capitán general de la caballería y cómo debe organizarla éste en campaña. Obviamente, la caballería ya debe estar formada y encuadrada, y sus miembros deben ser prácticos en dicha arma y, ante todo, bien disciplinados. Se repasa la estructura interna de la caballería, de qué lugar debe ocupar el capitán general y los demás oficiales en la marcha; cómo se debe disponer de espías o informantes, pero sin confiar exclusivamente en sus informes para tomar decisiones. Finalmente, trata de los ardides más valiosos y cuándo decidir que se pelea con todo el ejército o sólo con parte del mismo. El libro se complementa con un tratado *-Hyppitari-* sobre el caballo y las armas de la caballería.

La obra también recoge la figura del gran capitán lacedemonio Argesilao como ejemplo del perfecto soldado y político. En el prólogo dice Diego Gracián que *ciertamente el ánimo sublimado y generoso deleyta en oír las cosas antiguas y hazañas grandes y famosas*. Se complementa con los preceptos militares de los lacedemonios, obra de Licurgo, y con el libro sobre la caza.

El secretario Gracián incluyó al final de la obra unos tercetos de B. de Morales cuyo tema era la prudencia: *...y a quien me preguntare, Esta prudencia/ de do se alcançará y de do procede?/ Yo digo que del uso, y experiencia.../ Todo esto he yo querido aquí acordarte,/ o amigo mío, lector, para que entiendas,/ que debes en lección sabia ocuparte,/ leyendo buenos libros, porque aprendas/ prudencia, y discreción para regirte/ en todas las maneras viviéndolas*. Y entre los escritores que merece la pena tener presente está Jenofonte, quien en sus obras: *Enseña al capitán, y al buen guerrero,/ cosas con que merezcan ser loados,/ como quien bien lo supo ser primero*. El mérito es, además, de quien traduce las obras y permite que éstas lleguen a un público más amplio, el secretario Gracián, quien, por cierto:

...el lugar que le queda del servicio/ del Rey, (teniendo cuenta de su cargo)/ para tomar descanso, aliento o vicio,/ lo gasta (sin temer trabajo largo)/ en provecho común como verán,/ dando a su Rey, y patria buen descargo.

Abundando en la figura del gran hombre de armas, Plutarco, en su comentario de la vida de Alejandro III Magno, nos lo presenta como un guerrero ilustrado gracias a la influencia de Aristóteles, *...y como tuviese a la Ilíada por guía de la doctrina militar, tomó corregida de mano de Aristóteles la copia que se llamaba La Ilíada de la caja, la que con la espada ponía siempre debajo de la cabecera...* Pero también como un hombre, un general, que tomaba las decisiones oportunas en el momento preciso pesara a quien pesase. Ante la invasión de la India ordenó quemar los carros con el botín de guerra porque ralentizaban la marcha del ejército. Y para dar ejemplo, destruyó primero los suyos y los de sus amigos. En las luchas contra los príncipes indios, Alejandro demuestra cómo la presencia de ánimo y el valor son útiles para forzar al tímido o indeciso a aceptar su derrota y sumisión sin derramamiento masivo de sangre. De la misma forma, se demuestra la ventaja de hacer una buena paz y no abusar del vencido²². De César se puede destacar cómo sus hombres rendían hasta el infinito por la admiración sentida por un general que no dudaba en recompensarlos en la medida de sus esfuerzos y que no regateaba el sacrificio personal en campaña. Otra ventaja de César era saber sacar partido de todos los accidentes de la guerra, tomando la decisión precisa en cada caso. Cosa que no ocurrió con su opositor Pompeyo. En un momento dado, tras un ataque de éste último al campamento de César, que no culminó cuando tenía todos los triunfos en la mano, César comenta: *Hoy la victoria era de los contrarios si hubieran tenido quien supiera ganar*²³. También destaca Plutarco la formación militar de un general megapolitano como Filopemen, que desde la infancia no sólo se interesó por las enseñanzas militares, sino también por acostumbrar su cuerpo a una dura disciplina. Su formación la logró estudiando los libros de táctica de Evangelo y la vida de Alejandro, así como ejercitándose en la milicia *...por largo tiempo al lado de varones amaestrados e instruidos en todos los ramos de la guerra y además moderados y sobrios en su método de vida...*²⁴

Los *Comentarios*²⁵ de Julio César sobre la Guerra de las Galias son, real-

²² PLUTARCO: *Vidas paralelas. Alejandro y César*. Madrid, Espasa-Calpe, 1967, pp. 15 y 64-67.

²³ Idem, pp. 95-96, 105 y 117.

²⁴ Idem, *Vidas paralelas. Filopemen-Tito Qincio Flaminio*, Espasa-Calpe, Madrid, 1949, pp. 94-99.

²⁵ César contó con sesenta y dos ediciones europeas. En la Península hemos encontrado las siguientes: *Commentariorum de bello gallico*, (J. Burgiensis, 1491, fol.); Fr. Diego López de Toledo tradujo los comentarios y se imprimieron en Toledo, (P. Llagcnbach, 1498, fol). Posteriormente aparecería impreso en Alcalá, (M. de Eguía, 1529, fol.); París, (1549, 8°); Madrid, (Vda. de A. Martín,

mente, el mejor complemento de los tratados técnicos para mostrar, tanto al futuro militar como al soldado ya en activo, las virtudes del perfecto capitán -como diría el duque de Rohan- en campaña. De la lectura de las campañas de César se puede destacar en primer lugar cómo busca el contacto con el enemigo mediante exploradores dirigidos por un soldado de experiencia y con la caballería, mientras él mismo procuraba encontrar una buena localización, generalmente una colina, para instalar a su ejército en orden de batalla. Cuando persigue al enemigo y hay que acampar, César instala su campamento a una distancia prudencial pero no demasiado alejada. En la lucha contra los helvecios, César envía contra ellos a la caballería para contenerlos, mientras forma con sus legiones más expertas una triple línea al pie de la colina que les servía como lugar de acampada. En lo alto de la colina colocó César a dos legiones que había reclutado hacía poco tiempo. Finalmente, apartó su caballo y el de todos sus oficiales para evitar una posible huida y obligar a todos a la lucha. Antes de las campañas contra los germanos, los hombres de César, primero los inexpertos en temas marciales y luego, incluso, los más veteranos, se dejaron contagiar por las noticias servidas por los galos sobre la corpulencia física y el entrenamiento militar de los germanos. Cuando en el ejército se empezaron a escribir los testamentos, César creyó oportuno utilizar la, así lo diríamos hoy día, psicología para recuperar la moral de sus tropas. César lanzó una arenga en la cual señaló la insensatez de temer a unos ejércitos derrotados previamente por unas tropas -los propios galos- que, a su vez, ya habían sido aplastados por Roma. César recordó, entre otras victorias, la acontecida en la revuelta de esclavos liderada por Espartaco, muy peligrosa por haber utilizado éstos la experiencia militar y la disciplina adquirida de los romanos.

César enseña a sus lectores cómo formar un ejército en campaña que se ha de enfrentar a un número superior de hombres -evitando ser rodeado eligiendo cuidadosamente el emplazamiento-; demuestra la utilidad de la caballería para contactar ligeramente con el enemigo y conocer sus actitudes ante la guerra y su moral; siempre dejaba César a sus soldados menos expertos -las legiones recién reclutadas- al cuidado del bagaje del ejército, para que el resto de los hombres luchasen sin impedimentos; de forma muy clara, César demuestra que la instrucción y el entrenamiento de sus hombres era la clave para poder afrontar la lucha contra enemigos superiores en número. La presencia de César en primera línea durante la batalla contra los

²⁵ 1621, 4^o). A. Palau comenta que se cita una traducción de P. García de Oliván impresa en Toledo, (1570, 8^o) y, por último, Carlos Bonieres, barón de Auchy, publicó en Varsovia (P. Elert, 1647, 4^o) su personal versión de la obra de César.

nervios, la más comprometida hasta el momento de la campaña, y su uso de la reserva de tropas que siempre utilizaba en su estrategia -quienes tomaron el campamento enemigo- son otras enseñanzas importantísimas. En la campaña contra los suevos hay que destacar la estrategia de un rápido avance con el ejército formado para coger por sorpresa al enemigo y asaltar su campamento, jugando a nuestro favor su desorden. La primera expedición a Britania demuestra las enormes dificultades del desembarco de tropas, que han de luchar inmediatamente después en situación adversa, sobre todo si se enfrentan a un enemigo diestro en una forma nueva, para ellos, de hacer la guerra. En la segunda campaña en Britania, César aplica lo aprendido con anterioridad, deja sus naves a buen recaudo en un litoral apto tanto para el desembarco como para un reembarque rápido, si fuera el caso, y avanzó con decisión, pero precavidamente, contra el enemigo; una vez huidos los britanos, César impidió a sus tropas su persecución por no conocer el país y por la necesidad de fortificar antes su posición. César explica de forma exquisita la táctica de su enemigo y, seguidamente, relata su victoria utilizando las contramedidas tácticas oportunas.

Tras la segunda expedición británica, los nervios se levantan de nuevo y atacan el campamento de invierno cercano a sus territorios utilizando una táctica de asedio aprendida de los romanos. César los derrota gracias a una doble estrategia: falsa retirada de la caballería del campo de batalla, que se refugia en el campamento preparado por César como si fuese a esperar un largo asedio y, en segundo lugar, cuando el enemigo se había confiado, César ordenó una salida por todas las puertas al mismo tiempo, derrotando por segunda vez a los nervios²⁶.

Ciertamente, autores como F.L. Taylor y Michael Mallet, estudiosos de la guerra en el Renacimiento italiano, consideran que la influencia de los autores militares -y los historiadores- del pasado fue sobre todo académica, de modo que su trascendencia para las operaciones militares también fue reducida. Estamos de acuerdo en que sólo la lectura de descripciones del ejército de la República romana no conduce a un interés renovado por la infantería, sino que las necesidades prácticas del momento por contar con una infantería más poderosa fueron decisivas²⁷. Ahora bien, los oficiales europeos a partir de finales del siglo XV se encontraron con ejércitos cada vez más numerosos, en los que la infantería tenía un peso preponderante y

²⁶ Para no alargarnos demasiado nos limitamos a un recorrido por los primeros cinco libros de la obra. Hemos utilizado la versión de V. López Soto. Ed. Juventud, Barcelona, 1971.

²⁷ KEEGAN, John: *El rostro de la batalla*. Madrid, 1990, p. 74.



Retrato de Carlos V

en los que la caballería pesada de tipo medieval jugaba un papel cada vez más reducido. César -con todas sus limitaciones, como nos señala John Keegan, siempre brillante²⁸-, era uno de los principales referentes porque él había conducido ejércitos con características parecidas a los que se formaban en Europa a fines del siglo XV. Mientras se adquiría experiencia en el campo de batalla, sin duda contar con las enseñanzas de un gran general del pasado podía ser útil, sobre todo si había que tomar decisiones difíciles que había que justificar. Por otro lado, también había que convencer de alguna forma a la nobleza militar europea que era igual de honroso vencer en una batalla con un ejército formado mayoritariamente por infantes que dirigiendo una carga de la caballería pesada. ¿Cómo hacerlo? Recurriendo a los autores clásicos, en especial a César. La lectura de César no resolverá los problemas logísticos, pero sí ofrecerá pautas de comportamiento para los oficiales que tuviesen que dirigir grandes masas de hombres. Con César se aprende a liderar.

De alguna forma, la complementariedad de armas y letras, que los soldados técnicos -artilleros, arquitectos, ingenieros- tenían tan asumida, terminó imponiéndose en la mentalidad del guerrero de la época moderna, aunque la pugna entre el valor didáctico de la teoría y la práctica perdurase²⁹.

Duelos, retos y desafíos

Tratando sobre la época de Carlos una referencia al tema de los duelos, que vertió tanta tinta como sangre, era inevitable.

En 1515 se publicó el tratado sobre los retos y los desafíos de Diego de Valera (1412-1481) que originariamente se dedicó a Alfonso V de Portugal. Es una obra claramente medieval dado que en ella se tratan el derecho, las costumbres y ceremonias de las armas, tanto del retador como del retado, así como del juez, siguiendo las tradiciones de Francia, Castilla -las leyes de las *Partidas*- e Inglaterra. En el caso de Francia recupera la ley al res-

²⁸ Idem, pp. 74-80. Para Keegan, César no nos habla de las características de su ejército, sino de su liderazgo que, por motivos políticos, le interesaba resaltar.

²⁹ VERRIER, F.: *Les armes de Minerve*, París, 1997, pp. 95-96. Cita al autor italiano Imperiale Cinuzzi, que en su obra *La vera militar disciplina antica e moderna...* (Siena, 1604), intentó mediar, haciendo gala de un espíritu conciliador, cuando aseguraba que en la guerra no sirven ni exclusivamente la práctica, ni exclusivamente la teoría, sino que la perfección se logra gracias a la alianza de ambas.

pecto de los retos dictada por Felipe III; para Castilla hace lo propio con la ley sobre los desafíos de Alfonso X y Alfonso XI. El autor dedica mucha más atención a los delitos de lesa majestad, que son catorce, y que, obviamente, deben ser duramente castigados. El caso inglés es una mera anécdota, puesto que estaba calcado del ceremonial francés. La segunda y tercera parte de la obra, de hecho, se dedican a las armas, pendones, etc., de la nobleza y en qué situaciones se perderán.

En 1525 publicó en Turín D. Castillo de Villasante su *Remedio de desafíos sacado del tractado de Duello*. Jurisconsulto formado en Italia, Villasante había escrito una síntesis de *lo que hemos visto por autores de mucha verdad, como oído de capitanes y soldados muy bien subidos en la arte militar*. Como en los demás casos, el autor primero señala las prohibiciones tanto civiles como religiosas establecidas contra los duelos para, a posteriori, comentar cómo se ha de desarrollar correctamente el enfrentamiento en sí *para honra y gloria de la caballería*. Es decir, que, aunque juristas, todos estos autores estaban más preocupados por la salvaguarda de las leyes de la caballería que por el establecimiento de unas estrictas normas legales de comportamiento³⁰.

Mucho más trascendente será el tratado del italiano A. Alciato. Andrea Alciato y su *De la manera de desafío* (Amberes, s.f.) fue traducido por Juan Martín Cordero, dedicándole la obra a H. Gonzaga, príncipe de Molfetta y gobernador de Milán, quien le había sugerido con bastante empeño dicha traducción. Al final de la obra, Sebastián de Palomar se dirige al lector para explicar que, aunque *horrendo y detestable*, el uso del desafío no se había erradicado y por ello era preferible seguir las reglas marcadas por A. Alciato.

Este comenzaba por explicar el origen y el posterior desarrollo del duelo, el cual, si bien prohibido por las leyes civiles y canónicas, se practicaba por costumbre. Se establece quién es el desafiador y cuándo puede serlo y exigir una reparación. Continúa explicando el mecanismo que conducía al duelo y las dificultades que a menudo concurrían y cómo superarlas. Sobre todo, presta atención a las situaciones en las que había una diferencia de clase, linaje, pero también fuerza física, edad, parentesco, etc. A partir de aquí, Alciato comenta quiénes no pueden ser desafiados -y en qué circunstancias- y, en contrapartida, cuándo se puede buscar un campeón para defender una causa. Finalmente, expone diferentes consideraciones sobre el

³⁰ CHAUCHADIS, Claude: "Libros y leyes del duelo en el Siglo de Oro", en *Criticón*, n° 39, 1987, pp. 77-113. Los comentarios del autor son muy atinados.

momento de realizarse el duelo.

Carolina Nonell publicó en 1963 un trabajo sobre el *Tratado de la guerra y el duelo*, un texto manuscrito del jurista vasco Fortún García de Ercilla³¹. Nacido en Bermeo en 1495, el padre del futuro poeta y soldado Alonso de Ercilla estudió bellas letras, filosofía y los dos derechos en Salamanca y, a partir de 1510, en Bolonia, donde será profesor de Juan Ginés de Sepúlveda. Reclamado por Carlos I gracias al prestigio adquirido, formaría parte del Consejo Real, muriendo en 1534. Fue autor de seis tratados jurídicos y una traducción del latín sobre la Corte de Alfonso V y el manuscrito del que tratamos.

García de Ercilla lamenta la guerra entre cristianos, pero acepta la guerra justa promulgada por el príncipe. Aunque el fin de toda guerra es la paz, por ello defiende la guerra general y no el desafío, porque éste deshace la paz entre amigos. La guerra justa sigue a la razón y obedece a una causa justa, todo lo cual no ocurre con el duelo. El resultado de un duelo viene marcado más por la fuerza que por la autoridad y la justicia. Las motivaciones de un duelo nublan la virtud y el sentido de justicia de las personas y los hacen caer en el odio y en el deseo de venganza.

Las leyes hispanas disponían que la declaración de la guerra fuese pública, así como la propia paz quebrantada, de modo que una y otra había que comunicarlas al pueblo. Las leyes hacían extensiva dicha situación al duelo, que sólo sería legal cuando se efectuaba ante el rey y con su autoridad. Nadie puede romper la paz, ni a nivel privado, sin el consentimiento del monarca.

Mientras que en la guerra no sólo es lícito, sino obligatorio por disciplina, intentar eliminar al contrario de la forma que sea, ello sólo es factible en el duelo si éste se produce por mandato de autoridad, llevando el caso al duelo entre Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, motivo del tratado de Ercilla. El autor considera que el duelo era lícito, al ser convocado por un rey y aceptado por otro, los cuales pueden declarar una guerra, pero, recogiendo Ercilla el pensar de Carlos V, era poco conveniente u oportuno. En todo caso, éste podía hacer lo que quisiera: pelear él mismo, elegir un capitán para que lo hiciera en su nombre a modo de campeón o decidir que lucharía todo un ejército enfrentado a otro compuesto por idéntico número de hombres, pero siempre siguiendo la disciplina de la guerra, y el propio emperador más que nadie, para dar público ejemplo. Pero Carlos V no podía aceptar el desafío al no haber cumplido Francisco I las cláusulas de la Paz

³¹ NONELL, C.: *Fortún García de Ercilla y su Tratado de la guerra y el duelo*. Bilbao, 1963.

de Madrid. Es decir, el monarca francés se había comportado indignamente y se había deshonrado, y, por ello, el emperador haría bien si no aceptaba un desafío de tal individuo. Pero, por otro lado, al estar convencido de las ventajas de un duelo para resolver sus problemas políticos con Francia, fue Carlos V quien retó posteriormente al rey francés.

Fortún García de Ercilla entraría dentro del grupo de tratadistas del duelo, como Juan de Legnano y su *Tractatus de Bello, De Represaliis et De Duello*, quien pensaba que el duelo era obra del diablo y que el inocente sucumbía a veces, pero, a pesar de ello, estaba justificado en caso de adulterio, crimen de lesa majestad y otros casos de semejante calibre. Al estar prohibido tanto por el derecho civil como por el canónico, la persona que fallecía en el transcurso de uno de ellos se condenaba, pero el que lo provocó también. Pero Legnano termina mostrándose como un autor contradictorio al decir que la Iglesia podía conceder la posibilidad de aceptar algunos, puesto que Dios siempre dará la victoria al que tuviese razón. De forma parecida, Paris de Puteo, a quien analizaremos inmediatamente, estaba dispuesto a admitir los duelos si había de por medio un caso de injurias, difamación u otras causas graves.

La obra de Paride del Pozzo (1413-1493), más conocido como Paris de Puteo, *Libro llamado batalla de dos* (Sevilla, 1544) fue traducido al castellano y dedicado dicho trabajo al duque de Sessa, Gonzalo Fernández de Córdoba. El traductor, anónimo, explica que el propio Paride del Pozzo se tradujo a sí mismo del latín al toscano para *esclarecer su obra entre los militares que latín no aprendieron*. El libro, más que para juriconsultos, está, pues, pensado para los militares, pero se encontraba *sepultado y algo olvidado y a pocos caballeros notorio*. El traductor, sin duda militar, se decidió a emprender la tarea por el interés de la obra y por servirle *...de gran descargo y alivio a la ociosidad, que en algunos ratos se me ofrecían entre los grandes trabajos de la guerra. En los cuales he pasado toda mi juventud, y la mayor parte de la edad perfecta*. La dedicatoria al duque de Sessa se explica *...porque de la grandeza de su nombre el libro reciba auctoridad y gravedad, y en su sombra mis deseos reposen como en seguro puerto*³².

Dividido en nueve libros, en el primero el autor argumenta que las batallas fueron permitidas por Dios, pero siempre con una intención justa. El escribe para *amostrar a los hombres de guerra. Los cuales no tienen fun-*

³² En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito de una traducción de esta obra realizada por Diego Enríquez del Castillo, autor, a su vez, de una *Crónica del reinado de Enrique IV*.

damento de letras este hecho. Continúa, como hemos visto con Alciato, explicando cómo se prepara el desafío, en qué circunstancias se puede producir y entre quiénes, qué motivos son válidos, etc. Desarrolla las leyes que desde la Antigüedad se han utilizado al respecto; las condiciones necesarias del que desafía -que sea buen esgrimista, recomendación de Vegecio- hace que el autor le recuerda al soldado la importancia de la preparación y del ejercicio continuo para la guerra. Así, se recoge la tradición del duelo -y del torneo- como ejercicios para preparar la guerra. Pasa a explicar en qué circunstancias y en qué lugares no puede permitirse un duelo y adelanta que, como juicio divino, no es perfecto, puesto que por experiencia se sabe que no siempre quien tiene razón vence. Por ello llega a plantear el juicio astrológico: quien tenga razón siempre dispondrá de una disposición planetaria favorable. Plantea problemas como la muerte de uno de los contendientes antes de producirse el duelo. ¿Se le da la razón al superviviente si el contrincante ha muerto a causa del miedo? Quién debe elegir las armas, el campo y el juez para el duelo; qué armas deberán usarse en cada caso y qué disposición se tendrá en el campo del honor. No se podrá interrumpir un combate una vez iniciado por arrepentimiento de uno de los contendientes. De hecho, el libro segundo se dedica a las situaciones que pueden acontecer en el transcurso del duelo, amén de explicar de nuevo qué es y su organización. También se argumenta en qué circunstancias se debe impedir judicialmente la celebración del duelo.

Los restantes libros son un tanto redundantes. El tercero está dedicado a duelos famosos y qué hacer en casos concretos. El libro cuarto versa sobre las armas que se han de emplear. El quinto se dedica a cuándo se puede tener y cuándo no -en la acusación de homicidio- un campeón. El sexto y séptimo tratan sobre cuándo y entre quiénes puede darse un duelo y qué hacer cuando existe una diferencia de cualquier tipo entre los contendientes. El octavo se dedica a las circunstancias que se dan en el transcurso del combate y qué armas son más honradas. El último libro explica lo que ocurre cuando el vencido no muere en el duelo: qué obligaciones tiene éste para con el vencedor, qué hacer con el testamento y los despojos del vencido... Termina considerando que, peor que desdeñarse, es huir del campo de batalla, porque además de desdeñarse con la propia huida, también se muestra cobardía.

Autores como Paride del Pozzo, el también traducido al castellano Girolamo Muzio, o Dario Attendolo fueron defensores a ultranza del ennoblecimiento de la persona a partir del ejercicio de las armas, de forma que, en el caso de los duelos, había que tener en cuenta dicho detalle para establecer entre quiénes se podía efectuar un combate de honor. Se llegará a decir que

un infante tenía todo el derecho del mundo a retar a un soldado de caballería, del mismo modo que un soldado raso podría luchar contra un oficial³³. Un ejército meritocrático debía asumir los derechos adquiridos por las gentes de extracción social baja que, gracias a sus gestas militares, se habían *ennoblecido*. Pero, ¿ésta era la realidad o, más bien, un deseo no materializado? De todas formas, con un autor hispano, J. Jiménez de Urrea –*Diálogo de la verdadera honra militar* (Venecia, 1566), se supera el problema: el duelo, con todas las tretas y artimañas que pueden emplearse, no confiere a su practicante el honor adquirido en el campo de batalla.

Sobre la justicia de la guerra

A partir de la definición de lo que era guerra, para distinguirla de otras formas de violencia, en los siglos XIII y XIV se formularon los criterios clásicos de la guerra justa³⁴ -la declarada por la autoridad del príncipe-. Su objeto debía ser la recuperación de bienes o la defensa de la patria y se lucharía únicamente por necesidad y sin odio ni ambición. La categoría de príncipe, que en las estructuras políticas del mundo romano no tenía ninguna ambigüedad, en el mundo medieval planteó la duda de si había de reservarse al Emperador o al Papa, de modo que sólo ellos tenían la posibilidad de declarar la guerra. Si bien algunos autores ya reconocieron la capacidad de los reyes independientes -Francia o Castilla- para proclamar la guerra, lo cierto es que el debate aún coleaba a inicios del siglo XVI³⁵. Cuando se produjo el Saco de Roma (1527), Alfonso de Valdés se encargó de dejar bien claro en su *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* que el Papa había comenzado una guerra injusta contra el Emperador, y la obligación de éste era defender a sus súbditos. El error del Papa estaba claro puesto que había movido guerra entre cristianos. De una forma magistral, A. de Valdés aunó las ideas de Erasmo al respecto con las de San Agustín: por un lado existen

³³ VERRIER, 1997, pp. 68-73.

³⁴ FERNÁNDEZ SANTAMARÍA, J.A.: *El estado, la guerra y la paz. El pensamiento político español en el Renacimiento, 1516-1559*. Madrid, 1988, pp. 125-134. Este legado procedía de San Agustín. Fue el primero en definir lo que era una guerra justa -y la paz que le sigue- y la guerra injusta, la emprendida por la ambición y el deseo de poder. La guerra justa sólo la puede ordenar Dios o la autoridad establecida y su único objetivo es buscar la paz.

³⁵ CONTAMINE, Ph.: *La guerra en la Edad Media*, Barcelona. 1980, pp. 350-362.

³⁶ FERNÁNDEZ SANTAMARÍA, 1988, pp. 157-159.

guerras justas y, por otro, no debería haber guerras entre cristianos³⁶.

En 1533 escribió el doctor en ambos derechos Francisco Arias de Valderas su *Libellus de belli iustitia iniustitave* (Roma, A. Bladum)³⁷. Arias de Valderas, leonés, estudió en el colegio San Clemente de Bolonia. Y estando presente en una reunión en las altas esferas clericales de Roma, se le instó a que escribiera sobre la justicia de la guerra declarada por el Papa, o viceversa. La obra estaba dedicada al cardenal Esteban G. Merino, patriarca de Génova y de las Indias, consejero de Carlos V. Componiéndola *a ratos perdidos*, Arias de Valderas decía que *mirando a la utilidad pública y a la brevedad, intento abrir un nuevo camino para resolver este dificultoso tema*.

Arias de Valderas escribe este tratado partiendo de la base que los evangelios rechazan la guerra en sí como pecado, siendo la búsqueda de venganza ilícita. Por ello, se recomienda ser paciente y benigno con los vencidos. Ahora bien, si una autoridad superior declara una guerra por necesidad y no por voluntad, dicha guerra es justa. Todos los demás supuestos implican una guerra ilícita, y de la misma forma se han de entender los duelos y la búsqueda de la represalia. El fin de toda guerra, si es justa, es siempre hallar la paz y la justicia.

Arias recomienda que el soldado sea bien pagado, de modo que éstos, pero también sus oficiales, no deben dedicarse al pillaje, al robo y al abuso en los alojamientos. Por su parte, el eclesiástico no puede participar en la guerra, ni puede abogar por la muerte o la mutilación, sólo defender la libertad de la religión y de la patria.

Lo tomado en guerra justa se puede apropiarse, pero si es injusta, la conciencia de la persona le debe obligar a devolverlo. De la misma forma, si la guerra fuese injusta, los súbditos del príncipe, en conciencia, no deben concurrir a la misma y deben ser restituidos en aquello que pierdan. Asimismo, si una ciudad es tomada al asalto, debe recordarse que no todos los habitantes son culpables.

En la guerra es lícito el empleo de artificios, pero la tregua siempre se ha de respetar. Ahora bien, la única excepción a la regla es cuando estamos siendo atacados, entonces se puede repeler el ataque sin otra consideración.

Quizás la parte más interesante de la obra es cuando Arias considera que no basta que la guerra sea declarada por el Papa o el Emperador para que ésta sea considerada automáticamente justa. De esta forma, el autor nos

³⁷ Utilizamos la edición facsímil y traducción publicada en Madrid, 1932.

sirve como una especie de puente entre el pensamiento jurídico medieval con el posterior de autores tan significativos como el de F. de Vitoria. Finalmente, Arias considera que por causa de herejía, el Emperador puede declarar la guerra al Papa, pero no al conjunto de la Iglesia. Apreciación significativa en una época tan complicada como aquella.